

CURSO DE ACTUALIZACIÓN TEOLÓGICA PARA MINISTROS

PATROCINADO POR



A.M.E.I.C.

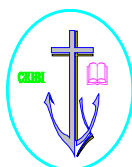
**Asociación de Ministros Evangélicos
de las Islas Canarias
AMEIC**



Consejo Evangélico de Canarias



IMPARTIDO POR



**Centro Superior de Teología
CEIBI**

**TEMA I: TEOLOGÍA PASTORAL
2. EL MINISTRO**

PROFESOR

Dr. José Luis Fortes Gutiérrez

CURSO DE ACTUALIZACIÓN TEOLÓGICA PARA MINISTROS

SUMARIO

TEMA I: TEOLOGÍA PASTORAL

2. EL MINISTRO

2.1. El tipo de personas que Dios llama para ser “buenos ministros” (1 Ti 4.6)

2.1.2. Antes, no importa lo que hayan sido (Gá 1.13)

2.1.3. Después de ser hechos hijos de Dios todo lo relacionado con la vida pasada tiene que haber sufrido un profundo cambio (2 Co 5.17)

2.2. El carácter de aquellos que Dios llama a ser sus ministros (Hch 6.3-8)

2.2.1. Buen testimonio (Hch 6.3)

2.2.2. Llenos del Espíritu Santo (Hch 6.3)

2.2.3. Llenos de sabiduría (Hch 6.3)

2.2.4. Llenos de fe (Hch 6.5)

2.2.5. Llenos de gracia y de poder (Hch 6.8)

2.3. El llamado de un siervo de Dios

2.3.1. El llamamiento interno

2.3.2. El llamamiento externo

2.4. La obra que Dios encomienda a sus ministros (Jn 21.15-17)

2.4.1. Apacienta mis ovejas (Jn 21.15,17)

2.4.2. Pastorea mis ovejas

CURSO DE ACTUALIZACIÓN TEOLÓGICA PARA MINISTROS

2. EL MINISTRO

El Señor Jesucristo nos advirtió de que en su rebaño, la Iglesia, se introducirían falsos ministros del evangelio al decirnos: *“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.”* (Mt 7.15-23). El apóstol San Pablo fue un hombre de Dios que experimentó a lo largo de su vida cristiana esa terrible realidad. En sus epístolas nos habla de estos como *“falsos hermanos”* (Gá 2.4) (2 Co 11.26b), o *“falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo”* (2 Co 11.13), que se presentan con *“apariencia de piedad”* (2 Ti 3.5), pero que al mismo tiempo *“apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas”* (2 Ti 4.4), por lo que *“medran, falsificando la palabra”* (2 Co 2.17), y se dan a las *“profanas y vanas palabrerías”* que conducen más y más a la impiedad cual gangrena espiritual (2 Ti 2.16-17), y producen divisiones (Ro 16.17). Entre las falsas ovejas o ministros a los que Pablo alude en sus cartas, menciona por nombre a varios de ellos como Figelo y Hermógenes, Himeneo y Fileto, Demas, y Alejandro el calderero... (2 Ti 1.15; 2.17; 4.10,14).

Ante tan desolador panorama algunos creyentes podrían perder su confianza en todos aquellos que se presentan como ministros de Jesucristo. Pero el apóstol Pablo también nos habla de la existencia de siervos del Señor en la Iglesia que son ya, o están en camino de ser pronto, lo que él califica como *“buen ministro de Jesucristo”* (1 Ti 4.6), o también como *“obrero aprobado ante Dios”* (2 Ti 2.15). Este es el caso de Timoteo, a quien también se le llama *“verdadero hijo en la fe”* (1 Ti 1.2 cf 4.6). El apóstol Pablo no sólo nos muestra con esto que las fuerzas del mal no han podido impedir la existencia de personas que realicen una labor fundamental para la implantación y desarrollo del Evangelio, sino que al mismo tiempo nos informa sobre cómo deben ser estas personas que sirven a la causa del Reino de los Cielos. ¿Cómo es el ministro que agrada a Dios?

2.1. El tipo de personas que Dios llama para ser “buenos ministros” (1 Ti 4.6)

2.1.2. Antes, no importa lo que hayan sido (Gá 1.13)

2.1.2.1. Antes de servir al Señor como apóstol, Saulo era religioso y enemigo de Dios (Hch 8.1-3).

El apóstol Pablo antes de ser llamado por Dios a la salvación y al ministerio se llamaba Saulo. Bajo ese nombre vivía una persona que experimentó un cambio radical de vida cuando se encontró con Jesucristo. Según el relato del libro de los Hechos, antes de ese encuentro renovador Saulo asolaba a la iglesia arrastrando a hombres y mujeres a la cárcel, y en algunos casos, como el de Esteban, a la muerte (Hch 7.59 a 8.1; 22.19-20). Desde su condición de fariseo (Fil 3.4-6) (Hch 26.4-5) había creído su deber perseguir a

los discípulos de Jesús (Hch 26.9-11), pero no contaba con que el Jesús a quien perseguía se le apareciera en el camino y cambiara el rumbo de su vida (Hch 26.12-15), y de perseguidor pasara a ser el máximo valedor del Evangelio (Hch 26.16-23).

El cambio en la vida de Pablo fue tan grande que las gentes estaban tan sorprendidas y confundidas que no sabían como actuar. Los discípulos de Damasco decían *¿No es este el que asolaba en Jerusalén, a los que invocaban este nombre...?* (Hch 9.21), y los discípulos de Jerusalén le evitaban porque tenían miedo de que no siendo creyente fuera a perseguirles (Hch 9.26). Pero él predicaba a Cristo (Hch 9.20), y lo hacía de forma tan convincente que los judíos se dieron cuenta de la realidad del cambio producido y resolvieron matarle. Y a punto estuvieron de conseguirlo si los discípulos no le ayudan a huir de Damasco descolgándole en una canasta por un muro (Hch 9.23-25). Más tarde Pablo escribiría que cuando alguien está en Cristo experimenta un cambio radical, tanto que se puede hablar de él como una nueva criatura (2 Co 5.17). Sabía de lo que hablaba, él mismo lo había experimentado (Gá 2.20) (Fil 3.8-10).

2.1.2.2. Antes de ser un discípulo de Jesús y apóstol, Leví era un traidor desalmado y un compañero de pecadores (Lc 5.27,29-30)

Algo semejante a lo de Pablo sucedió con Leví. Antes de conocer a Jesús era un recaudador de impuestos al servicio de Roma. Como tal era un traidor a los suyos, un hombre sin escrúpulos que por dinero se había ofrecido al servicio del invasor para explotar a los de su propia nación. Sin posibilidad de relacionarse con gentes de vida normal, debido al rechazo a que era sometido, no tenía otra posibilidad que buscar la compañía de otros publicanos como él y de los “pecadores” (Lc 5.29). Estos últimos eran las prostitutas, los ladrones y gente de mal vivir. Sin embargo un día oyó hablar a Jesús sobre el arrepentimiento y la fe en él, sobre el perdón y la vida eterna, sobre la nueva vida que tienen aquellos que le siguen y guardan su palabra. Qué maravilloso sería si todo aquello pudiera ser para él. ¿Era demasiado tarde para él? ¿Había descendido demasiado al pozo del pecado y de la maldad? ¿La deuda que tenía para con Dios era muy grande para ser perdonada? ¡Cuántas cosas pasarían por la mente de Leví sentado al banco de los tributos públicos! Sin embargo, un día pasó por allí y le dijo: *“Sígueme”* (Lc 5.27). Con estas palabras, aquel que conoce los corazones, le estaba diciendo: A ti también he venido a buscar y a salvar. No importa cuan grande sea tu deuda, mayor es el perdón de Dios. *“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”* (Lc 5.32). La respuesta de Leví fue inmediata: *“Y dejándolo todo, se levantó y le siguió”*. (Lc 5.28). El cambio fue instantáneo: de servidor de Roma pasó a ser un servidor de Dios, de cobrador de impuestos pasó a ser un dador del mensaje de gracia y de salvación, de instrumento para producir odio y rencor pasó a ser un instrumento de la paz y de la reconciliación.

En definitiva, tanto en el caso de Saulo como en el de Leví, y como el mismo apóstol Pablo diría a los Gálatas, la vida pasada o el “antes” de las personas no importa a la hora de valorar a los cristianos de cara al ministerio (Gá 2.6), lo importante es y será siempre el “ahora” o lo que se es en el presente por la obra y gracia de Cristo (Gá 2.7-10).¹ Nadie debe ser rechazado para ocupar un ministerio cristiano por lo que haya sido en su

¹ Cuando hablo de confiar en el “ahora” de las personas, en lo que en el presente sean, no quiero que se me interprete como ingenuo. Pues por “ahora” no me refiero meramente a palabras, sino a hechos, a hechos acompañados del poder del Espíritu Santo. O, dicho en palabras de Jesús, a “frutos” que ponen en evidencia la naturaleza del árbol (Mt 7.16-20).

vida pasada o por la actitud que haya tenido en el pasado hacia el Evangelio. De hacerlo negaríamos los principios más importantes del Evangelio: 1) El principio del arrepentimiento y el del perdón que borra los pecados (Is 1.18). 2) El principio del nuevo nacimiento que llama a las personas a un cambio radical de vida (2 Co 5.17). 3) El principio de la restauración de la imagen de Dios perdida en Adán adquiriendo la de Jesucristo mediante la santidad (Gá 2.20).

2.1.2.3. Antes de ser un siervo de Dios, Timoteo era un fiel creyente que estaba en la fe desde niño (2 Ti 1.5 cf 3.15)

Desgraciadamente en las personas en general, y también en algunos cristianos en particular, no sólo se produce una desconfianza hacia aquellos cuyas vidas en el pasado han sido muy “trágicas”, mediante una resistencia a creer que se haya podido producir un cambio real en sus vidas, sino que tampoco confiamos plenamente y escamoteamos nuestro apoyo a aquellos que se han criado junto a nosotros aunque hayan dado muestras inequívocas de fe y amor a Dios y su obra. Sobre esto el Señor diría aquellas palabras magistrales que todos conocemos y que sufrió en su propia persona: “*No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa*” (Mr 6.4).

Este fue el caso también de un creyente criado en el Evangelio y que Dios llamó a su servicio siendo muy joven. Timoteo, que así se llamaba, se educó en las enseñanzas del Evangelio desde su más tierna infancia. Su abuela Loida y su madre Eunice, dos mujeres de fe genuina (2 Ti 1.5), le criaron en amonestación y disciplina del Señor, tal y como dice la Escritura (Ef 6.4). Con semejante proceder, basado en las promesas del Señor (Hch 2.39; 16.31), no es de extrañar que Timoteo profesase la fe en Jesús desde niño (2 Ti 3.14-15) y que su vida cristiana fuera tan digna que todos los creyentes de su entorno daban “*buen testimonio de él*” (Hch 16.2). Su incorporación al ministerio cristiano fue igualmente prematura. Aunque no sabemos la edad que tenía cuando comenzó a servir al Señor junto a Pablo, es evidente que su corta edad fue justamente lo motivó las palabras de Pablo: “*ninguno tenga en poco tu juventud*” (1 Ti 4.12), en las que apela a que nadie debe ser menospreciado en su capacidad de ejercer el ministerio atendiendo a criterios tales como la edad o la proximidad (ser de casa o de la familia).

2.1.3. Después de ser hechos hijos de Dios todo lo relacionado con la vida pasada tiene que haber sufrido un profundo cambio (2 Co 5.17)

2.1.3.1. Este cambio ha de ser notorio a todos

Como hemos visto antes, Pablo perseguía a Cristo y a los suyos antes de ser llamado a la salvación (Hch 9.20-21), y Leví vivía de espaldas a Dios y a su voluntad en compromiso con el mal y los pecadores (Lc 5.27ss). Todos hemos perseguido al Señor y a los suyos antes de ser hechos hijos de Dios. Todos hemos vivido de espaldas a Dios y su voluntad en contacto con el mal y los malos. No importa que nuestra enemistad haya sido de forma diferente a la de Pablo. No importa que nuestra vida y obras hayan sido distintas a las de Leví. Hay muchas otras maneras de mostrar la enemistad y de hacer daño, hay muchas otras maneras de vivir sin Dios y fuera de su voluntad. La epístola a los Romanos nos habla de la universalidad del pecado “*por cuanto todos pecaron*” (Ro 3.23)², nos dice que todas las personas somos enemigas de Dios por naturaleza (Ro

² Ver el contexto en Romanos 3.10-18.

5.10) pues *“los designios de la carne son enemistad contra Dios”* (Ro 8.7). Por tanto, puesto que todos nosotros al igual que Pablo y Leví éramos enemigos de Dios y contrarios a su justicia santa, también todos nosotros tenemos que experimentar un cambio radical en nuestras vidas, un giro de 180 grados, que implique un notorio cambio de rumbo, si queremos que Dios nos tome a su servicio (Gá 1.13,23).

2.1.3.2. Este cambio ha de suponer una entrega sin límites y una jerarquización de los valores en los que Dios ocupe el primer lugar (Mt 6.33) (Lc 9.57-62).

Ese cambio no puede ser a medias. Desgraciadamente muchos cristianos tienen su forma personal de entender el compromiso con Dios. La vida cristiana no es un traje a medida que cada uno se hace en el sastre de “su propia forma de entender las cosas”. La vida cristiana supone un despojarse del viejo hombre, de nuestra vida vieja, y un vestirse del nuevo, a la medida y estatura moral de Cristo (Ef 4.22-24 cf 4.13). Este vestido es un traje “talla única”, “unisex” y “modelo exclusivo”, es decir es para todos los redimidos sin distinción. Quienes han de llevarlo tienen que bajar peso o subirlo, tienen que coger altura o perderla. Quienes han de llevarlo han de experimentar un cambio en su “anatomía” que les permita ponerse el nuevo traje: *“no vivo yo”* (Gá 2.20). En ninguna manera se puede modificar el traje de Dios o hacerle arreglos para que nos quede bien. Tampoco podemos tomar una pequeña porción del nuevo traje y colocarla sobre nuestro traje viejo (Mt 9.16a). Muchos hacen estas cosas viviendo un cristianismo a su manera o entendiendo las cosas de Dios según sus prejuicios o intereses personales. Pero esto no trae sino estrepitoso fracaso (Mt 9.16b).

Si todo cristiano ha de experimentar un cambio en su vida que suponga una entrega total, sin límites, despojándose del viejo hombre y vistiéndose del nuevo, cuanto más tiene que darse esta situación en aquellos que han de servir al Señor. Sólo desde la entrega sin límites se puede tener a Dios y a sus cosas como prioridad en los momentos en los que la vida nos coloca en la disyuntiva de tener que elegir entre Dios y el trabajo (Mt 6-25-34), o entre Dios y la familia (Mt 10.37), o entre Dios y la gloria humana (Jn 12.42-43), etc. Nadie puede servir a Dios si él no es el único “señor” en su vida (Mt 6.24), y esto sólo se produce cuando la entrega a él es sin límites ni condiciones, es una entrega total *“y dejándolo todo, se levantó y le siguió”* (Lc 5.28).

2.1.3.3. Este cambio tiene que comportar una fe genuina

No todo el que llama a Jesús señor entrará en el reino de los cielos (Mt 7.21a). No importa que algunos de los que dicen creer en Jesús se presente como profetas o hagan obras aparentemente prodigiosas (Mt 24.24), pues aunque la fe verdadera se manifiesta en obras (Stg 2.17), también la falsa intenta acreditarse mediante obras (Mt 7.22). La clave está en distinguir el tipo de obras que produce la fe genuina del tipo de obras que produce la fe falsa.

La fe falsa produce obras que, aunque pueden aparentar gran piedad (2 Ti 3.5) y despliegue de esfuerzos y recursos (Col 2.20-23), redundan en la gloria y beneficio del que las hace (Mt 6.1-5) (Jud 16). Son obras que no suponen un sometimiento a la voluntad de Dios ni la búsqueda prioritaria de su gloria (Jud 18), sino que son un medio para alcanzar el prestigio personal (Hch 8.13-19), o una posición elevada ante la sociedad civil o eclesial (Hch 5.1-11), o, sencillamente, se hacen para competir o rivalizar con otros acerca de quien convierte más almas o sobre qué iglesia crece más

(Fil 1.15-16), etc. La fe falsa es efímera y se desvanece con el tiempo (Mt 13.20-22), y la obra que de ella se desprende es vana e inútil para los auténticos fines del Evangelio (Lc 9.62).

La fe genuina es una fe sincera y veraz (2 Ti 1.5a), es una fe que se ve (Mr 2.5), y que se manifiesta buscando hacer la voluntad de Dios (Mt 7.21b). Es una fe abundante en la Palabra de Dios y en su poder (Ro 4.3) (Mt 8.8-10), que tiene siempre a Dios por veraz frente a la palabra del hombre que es mentirosa (Ro 3.4). Es una fe que persevera en la voluntad del Señor y la obedece por encima de la voluntad y conveniencias humanas (Hch 1.8 cf 4.19-20; 5.29).

2.2. El carácter de aquellos que Dios llama a ser sus ministros (Hch 6.3-8)

En el texto de Hechos 6.3-8 encontramos las siguientes características de aquellos que han de servir a Dios como ministros de la Palabra o en cualquier otra cosa:

2.2.1. Buen testimonio (Hch 6.3)

2.2.1.1. Tener buen testimonio es tener una conducta irreprochable (1 Ti 3.2-6)

El siervo de Dios debe ser irreprochable o sin reproche. Esto no quiere decir que sea perfecto o sin pecado, pues la vieja naturaleza de pecado sigue morando en el creyente y le lleva a pecar en ciertas situaciones, sobre todo si no se tiene cuidado. El texto quiere decir que el pecado no puede estar instalado en la vida del creyente como práctica habitual de modo que pueda caracterizar su vida y hacerle digno de reproche por parte de los demás. En este sentido es necesario aclarar y distinguir los aspectos siguientes: 1) El creyente peca (1 Jn 1.8 a 2.1) pero no es pecador, es decir, alguien que practica el pecado como norma de vida (1 Jn 3.9). Según las Escrituras los pecadores son los incrédulos que andan en la senda del mal haciendo como norma la voluntad de la carne y de los pensamientos (Sal 1) (Ef 2.1-3). 2) El pecador o practicante del pecado no es creyente y por tanto no es hijo de Dios sino del malo (1 Jn 3.6-8). Quien miente de forma ocasional no es mentiroso, pero quien miente de forma constante, como práctica de vida, sí lo es. Y así podríamos hablar de todos los pecados. Quien practica cualquier forma de pecado y nunca se arrepiente ni cree en Jesús no entrará en el reino de los cielos (1 Co 6.9-10).

Un siervo de Dios no puede tener un rasgo en su carácter o una forma de conducta que suponga el arraigo de una forma de pecado. Por ejemplo: No puede ser celoso, o codicioso, o violento, o deshonesto, o cualquier otra cosa. Ningún pecado o vicio debe caracterizarle. De ser así sería digno de reprensión y quedaría descalificado para hablar de aquel pecado o de su virtud antitética a los demás. ¿Cómo puede hablar de perdón alguien que es rencoroso? ¿Cómo puede hablar de generosidad alguien que es avaro? ¿Cómo puede dirigir y ordenar la vida de los demás alguien que es desordenado y anárquico? Por tanto, y sin que esto suponga pensar en perfección alguna, un siervo de Dios no debe en ninguna manera tener ninguna forma de vicio o pecado tan evidente por el que pueda ser señalado o por el que sea tropiezo a su labor docente y pastoral.

2.2.1.2. También nos habla de la buena imagen que debe proyectar hacia “los de afuera”³ o aquellos que no son creyentes (1 Ti 3.7).

Es muy difícil que aquellos que están bajo el reino de las tinieblas y esclavitud de sus pecados tengan una buena opinión en sentido amplio y absoluto de los hijos de la luz y de la libertad de la verdad. Alguien que está bajo el ámbito del mal nunca podrá apreciar a los creyentes en su justa medida. El mundo es hostil al Señor, al Evangelio y a cuantos sigan al Señor y al Evangelio.

Con todo, el apóstol Pedro distingue dos razones por las cuales un cristiano puede tener problemas con las gentes del mundo: 1) Por el hecho mismo de ser cristiano, y, 2) Por ser ladrones u homicidas (1 P 4.12-16). En el primer caso, si el cristiano es vituperado o sufre cualquier tipo de padecimiento no debe extrañarse de que eso ocurra ni debe sentirse responsable en ninguna manera de una situación no buscada ni deseada por él. Debe glorificar a Dios por ello. Este tipo de situaciones son permitidas por Dios como pruebas para nuestra fe y redundan en su gloria (1 P 1.4-7). En el segundo caso, si el cristiano tiene un comportamiento indigno, siendo un borracho, o un pendenciero, o un maltratador, o cualquier otra cosa propia de los incrédulos, al tiempo que se llama y presenta ante la sociedad como cristiano, y como consecuencia de ello tiene problemas con las gentes que no conocen a Dios, no debe decir que lo que le sucede es por causa del Evangelio sino que es consecuencia de su conducta pecaminosa.

En definitiva, tener testimonio de los de afuera no es que los incrédulos hablen siempre bien o tengan siempre buena opinión de nosotros. Si esto ocurriera demostraría que somos como ellos, que estamos en sintonía con sus formas de ver y hacer las cosas (Lc 6.26) (2 Co 6.14 a 7.1). Tener buen testimonio de los de afuera es que nunca tengan nada que decir de nosotros con razón, porque les hayamos dado motivos para ello, es que nuestras buenas obras les alumbren para que vean que Dios está con nosotros (Mt 5.13-16) (Jn 13.35).

2.2.2. Llenos del Espíritu Santo (Hch 6.3)

2.2.2.1. Todo en la vida debe estar bajo el control del Espíritu Santo

Para entender lo que significa “ser llenos del Espíritu” hay que recordar que el Espíritu Santo es una persona, no una cosa o fuerza impersonal (Jn 16.7-15).⁴ Por tanto cuando esa persona divina mora en el creyente lo hace en su plenitud personal, es decir todo él mora en nosotros (1 Co 6.19). Eso quiere decir que ser llenos del Espíritu no es tener “más Espíritu” o “más del Espíritu” hasta tenerlo completamente, como si alguien pudiera tener “algo del Espíritu” y necesitase “el resto”. Todo esto es absurdo y olvida que el Espíritu Santo es una persona como ya hemos apuntado.

Ser llenos del Espíritu es estar bajo el control de él en todos los ámbitos de nuestra vida. Es que mi mente, mi oído, mi habla, mi voluntad esté bajo su control. Es que mi

³ Pablo usa con frecuencia esta expresión para referirse a los que no son creyentes (Col 4.5) (1 Tes 4.12), y Jesús la emplea para referirse a los réprobos que están ajenos a los propósitos salvíficos de Dios (Mr 4.11-12).

⁴ Nótese como en el texto se habla del Espíritu Santo empleando el pronombre personal: “cuando *él* venga” v.8; “*él* os guiará a toda la verdad” v.13; “*él* me glorificará” v.14; etc. También se le atribuyen cualidades personales como convencer v.8, guiar, hablar y oír v.13; hacer saber v.14-15.

matrimonio, mi trabajo, mi relación con mis hijos o con la familia esté bajo el control del Espíritu. Un cristiano lleno del Espíritu es un cristiano en cuya vida no hay un ámbito cerrado a la influencia y obra del Espíritu. Hay creyentes que en la iglesia son ejemplares, pero no en sus casas o en sus trabajos. Mientras en la iglesia se muestran santos, amables y serviciales, en sus casas pueden ser déspotas o irascibles o cualquier otra cosa. El Espíritu no llena (guía y dirige) todos los espacios o ámbitos de su vida. Esta situación que conduce a la inconsecuencia y a la vana religiosidad en la vida de cualquier creyente es especialmente dañina en el caso de alguien que quiera ser ministro del Evangelio. ¿Cómo podrá ser un buen siervo de Dios en la iglesia aquel que es un mal esposo o un mal padre? ¿Cómo podrá ser un instrumento de la luz y la verdad aquel que habla palabras selectas en la iglesia pero que fuera de ella emplea palabras corrompidas? ¿Cómo podrá alguien ser un embajador de Dios para la reconciliación quien fomenta la discordia y la enemistad con sus vecinos?

2.2.2.2. El ministro del Evangelio ha de ser un “siervo de la justicia” o alguien que es “verdaderamente libre”

Antes de ser cristianos éramos esclavos del pecado (Jn 8.34). Hacíamos la voluntad de la carne y seguíamos la corriente de este mundo igual que los demás (Ef 2.1-3). Nuestra libertad consistía en el tamaño del largo de la cadena que nos unía al mal que mora en nosotros. Cual espejismo creíamos ser libres porque podíamos hacer ciertas cosas en el ámbito de lo temporal.⁵ Pero en lo realmente trascendente, en cuanto a Dios y la salvación se refiere, no podíamos ni queríamos saber nada (Jn 6.44) (Ro 3.11b). Pero Dios nos redimió en Cristo dándonos verdadera libertad (Jn 8.36). El precio de esa liberación fue la sangre de su hijo derramada en la cruz (1 P 1.18-20).

Ahora, liberados del pecado, hemos sido hechos siervos de la justicia (Ro 6.18). En Cristo hemos alcanzado la verdadera libertad, la libertad cristiana (Jn 8.36 cf Gá 5.1), que no debe ser entendida como que ahora podemos hacer todo lo que queramos, lo que bien nos plazca (Gá 5.13a). Hacer lo que uno quiere no es libertad sino libertinaje. La verdadera libertad consiste en ser siervos de la justicia de Dios (Ro 6.18), es decir que un cristiano siente el deber de hacer no lo que quiere hacer sino lo que es su deber hacer. En la vida vieja, en la de esclavitud del pecado, sí hacíamos lo que queríamos en la carne. Esto no hacía sentirnos libres. Pero en realidad este sentimiento de libertad era una esclavitud de nuestras tendencias pecaminosas o concupiscencias que no podían ni querían sujetarse a la justicia en sentido absoluto, como nos la presenta Dios, sino a la justicia subjetiva humana propia o de otros (Ro 8.7).

Quien actúa en sujeción a la justicia de Dios y no a los dictámenes de su propio ego es verdaderamente libre. Quien desea vengarse devolviendo mal por mal, porque así se lo

⁵ Hay personas que como los fariseos creen ser absolutamente libres (Jn 8.33) porque pueden elegir trabajo, pareja, lugar de residencia, tipo de comida, etc. Pero este tipo de elecciones no significan que seamos libres. Al ser humano le sucede como a un perro atado a una caseta. El perro puede ladrar o mantener la boca cerrada, puede levantar la pata y orinar, puede comer o beber, puede echarse y dormir, puede entrar y salir de la caseta, etc., pero el metro y medio de cadena que le ata no le permite ir más allá del reducido espacio donde se encuentra. No puede ir al parque o por las calles, no puede correr ni ir con otros perros, la cadena se lo impide. El ser humano por su pecado puede hacer ciertas cosas en el ámbito de lo temporal, pero no puede “añadir a su estatura un codo” (Mt 6.27), no puede asegurar que mañana irá a tal o cual ciudad y traficará y ganará por lo que debe decir “si Dios quiere” (Stg 4.13-15). Nadie puede sanar por sí mismo de una enfermedad terminal o volver a la vida si ya ha muerto. Hay cosas imposibles para el hombre debido a la limitación que supone la cadena que le ata a su finitud y al pecado y sus consecuencias: la muerte.

pide lo más profundo de sí, y domina ese instinto actuando con sabiduría y amor, y esperando en la justicia de Dios, muestra que es verdaderamente libre. No somos libres cuando sacamos lo peor de nosotros sino cuando la santidad de Dios sustituye al pecado por la virtud, la maldad por la bondad, la injusticia por la justicia.

2.2.3. Llenos de sabiduría (Hch 6.3)

2.2.3.1. No de la sabiduría terrena y mundana

De la sabiduría de la que tenemos que estar llenos no es de la mundana que aparta a las personas de Dios (1 Co 1.18). No es de extrañar que las Escrituras digan que Dios está airado con los sabios y entendidos de este mundo (1 Co 1.19-21). Ahora bien en este punto es necesario hacer una aclaración sobre el tipo de sabiduría que Dios aborrece y que nosotros debemos aborrecer también.

No hay que confundir la sabiduría terrena o mundana que Dios aborrece con la sabiduría o conocimiento que los humanos han adquirido a través de la experiencia y de la investigación sobre el cosmos, el planeta Tierra, la vida, la enfermedad, etc., y que se expresa en disciplinas como las Matemáticas, la Historia, la Geografía, la Medicina, la Biología, etc.

La sabiduría terrena o mundana es el estudio de cualquier cosa, incluso las disciplinas anteriores o la misma religión, desde una óptica en la que se prescinde de Dios y de su revelación a los hombres: La Revelación Natural (la creación) y la Especial (la Biblia) (1 Co 2.6; 3.19-20) (Stg 3.15,17). Dios destruirá y desechará a los sabios terrenos (1 Co 1.19) y les enloquecerá en sus desvaríos (1 Co 1.20).

En la sabiduría terrena el hombre no sólo no ha conocido a Dios sino que lo rechaza (1 Co 1.20-23). El sabio u hombre de ciencia, el escriba o maestro de religión y el disputador de este siglo o filósofo (1 Co 1.20), todos han tropezado por igual en la cruz de Cristo o salvación de Dios, no encajando ésta con su visión humana o prejuiciada de las cosas (1 Co 1.23). La doctrina del Cristo crucificado habla del pecado del hombre (Ro 3.10-18), del juicio que merece ese pecado (Ro 6.23) y de cómo Dios en Cristo ha provisto un sustituto que pague la deuda del hombre ante su justicia (1 P 3.18). Esta salvación sólo será para aquellos que arrepentidos crean en Cristo como salvador (Hch 3.19), cosa que parece “locura” a los sabios de este mundo (1 Co 1.20-23), y esto a pesar de que “lo insensato de Dios” es más sabio que los hombres (1 Co 1.25)

En su sabiduría, Dios decidió manifestar su poder y salvación a lo vil del mundo (1 Co 1.18,24). Nosotros hemos sido salvos porque Dios nos llamó por su poder (1 Co 1.24a). El poder de Dios es la causa de que estemos en Cristo (1 Co 1.30a) (Ef 1.16-20). El poder de Dios ha hecho en Cristo todo por nosotros (1 Co 1.30b). Dios nos ha hecho nacer de nuevo, nos ha llevado a creer y al arrepentimiento (Fil 2.13). El poder de Dios anula toda jactancia humana (1 Co 1.29,31)

Nosotros hemos sido salvos porque Dios nos salvó según su sabiduría (1 Co 1.24b). Es por ella que Dios diseñó el mejor plan de salvación que se podía realizar (1 Co 2.6-7). Un plan en el que soberanamente (Ro 9.11-26), y a pesar de la incapacidad humana y la actitud rebelde y recalcitrante del pecador (Hch 22.4-5 cf 22.14-15), Dios aseguró que

una multitud ingentes de personas (Ef 1.4-5 cf Ap 7.9) fuesen redimidas para anunciar sus virtudes al mundo (1 P 2.9) y para morar eternamente con él (Ap 7.10-12). Los valores por los que aplicó sus criterios salvíficos no son los de las sociedades humanas, que valoran a las personas según su condición social (nobles), o cultural (sabios) o el poder o fuerza acumulado (fuertes) (1 Co 1.26-28). Pero Dios nos llama en deméritos, no por lo que somos, sino a pesar de que no somos nada; para que Él, y nada más que Él, sea nuestro mérito y gloria (1 Co 1.30-31).

2.2.3.2. Sino de la sabiduría de lo alto; es decir de aquella sabiduría que viene de Dios

Para llegar a ser sabios con la sabiduría de Dios es necesario *“que nadie se engañe a sí mismo”* (1 Co 3.18a). Los seres humanos tendemos a la mentira y al error por el pecado que mora en nosotros. La mentira tiene que ver con la propia naturaleza del pecado (Ro 3.13). Pero también con aquel que inspira las acciones malvadas del hombre: el Diabolo (Jn 8.44). El engaño al prójimo es costumbre frecuente del ser humano por motivos diferentes. Mentimos para ocultar nuestras transgresiones (Caín), porque no queremos reconocer nuestros errores (Sara), para obtener algún beneficio (los gabaonitas), porque es el camino fácil para resolver conflictos (la mujer de Potifar), porque interpretamos erróneamente la realidad (los fariseos). No siempre engañamos al prójimo con nuestras mentiras (los hermanos de José). Pero casi nadie repara en que a quien primero engaña su propio pecado es a sí mismo. El pecado no sólo engendra mentira sino incapacidad de discernimiento. Si negamos nuestros pecados podemos llegar a creernos inocentes y ver como culpables a los demás (así ocurrió en la caída) (Gn 3).

Una de las formas en que nos engañamos a nosotros mismos tiene que ver con lo que creemos ser -*“si alguno de vosotros se cree”* (1 Co 3.18b)- sin serlo realmente. Las personas caemos en el extremo de tener *“un alto concepto de nosotros mismos”* (Ro 12.3) -que puede llegar a ser incluso un complejo de superioridad- o, por el contrario, en el de tener tan bajo concepto de nosotros que llegue a ser complejo de inferioridad (Jer 1.6). Si creemos ser algo que no somos, equivocamos toda la orientación de nuestra vida y condicionamos la relación con los demás. Somos según pensamos. El mal que está en nuestros pensamientos se manifiesta en la vida a través de la conducta (Pr 16.25). Creemos que actuamos con los demás según nos vemos, pero realmente actuamos según somos. En relación con las cosas de Dios, es fundamental que tengamos un concepto correcto de nosotros mismos (Ro 12.3). Si nos aferramos a lo que somos por naturaleza (nuestro carácter) jamás llegaremos a tener ninguna relación adecuada con Dios ni su carácter llegará a forjarse en nosotros. El aferrarse al carácter o capacidades propias es el principal impedimento para conocer bien a Dios.

No importa lo que seamos o creamos ser, la Biblia dice que todos los hombres nos encontramos por naturaleza en pecado y en condenación (Ro 3.23). Una relación adecuada con Dios comienza con el arrepentimiento y continúa en una actitud de permanente humildad (Ro 2.4-5) (1 P 5.5-6). Debemos hacernos ignorantes ante Dios *“... hágase ignorante, para que llegue a ser sabio”* (1 Co 3.18c). Nada de lo que somos debe importarnos ante él, nada de lo que sabemos debe contar para nosotros ante él, sólo así llegaremos a ser verdaderamente sabios. Es sabio quien desconfía permanentemente de sí mismo. Es sabio quien confía plenamente en Dios hasta alcanzar su sabiduría que viene por la obra iluminadora del Espíritu Santo (1 Co 2.6-16), que aplica con su poder la palabra de Dios a nuestras vidas (Sal 119.97-104) (2 Ti 3.15-17) y nos lleva a temer a Dios (Pr 1.7 cf Ez 36.25-27).

2.2.4. Llenos de fe (Hch 6.5)

2.2.4.1. Abundando en todo tipo de fe

Hay tres tipos de fe en cuanto al objeto mismo de la fe se refiere: 1) La fe salvífica o fe “en” Cristo (Jn 3.36), que es un don que Dios da a los pecadores (Ef 2.8) por la Palabra (Ro 10.17) aplicada en el poder del Espíritu Santo (Ef 1.19) para que vean a Jesucristo como el salvador (Jn 4.42); como el único salvador dado por Dios a todos los hombres sin distinción (Jn 1.29; 14.6) (Hch 4.12). Esta fe en Cristo siempre va acompañada del arrepentimiento (Hch 20.21) o reconocimiento del pecado propio y confesión del mismo a Dios, pues no puede haber fe sin arrepentimiento ni arrepentimiento sin fe (Hch 3.19). 2) La santificante o fe en la palabra de Dios (creer “a” Dios) (Ro 4.3) que lleva al creyente a ser consecuente con lo que Dios ha dicho y ha quedado escrito en su Palabra (Lc 6.46) (He 11.8-19), de modo que pueda vivir durante toda su vida confiando en ella actuando bajo sus principios y esperando en sus promesas, tanto para esta vida como para la venidera (Jn 14.21-24). 3) La fe abundante o fe en el poder de Dios que cree que él es poderoso para hacer cosas maravillosas que exceden a la comprensión humana. Esta es una fe que glorifica a Dios pues a los creyentes a hacer grandes cosas en el nombre de Dios (Jn 14.13-14) o a esperar que él las haga en el momento que estime oportuno (Ro 4.18-21) (Lc 7.1-10).

Los siervos de Dios han de abundar en todos estos tipos de fe. Obviamente, en primer lugar han de creer “en” Cristo con la fe salvífica (fe unida al arrepentimiento). Esto será fundamental en un ministerio en el que hay que hablar de la misericordia y compasión de Dios a las gentes. Sólo quienes hayan experimentado la misericordia y compasión de Dios podrán hablar de ellas de forma convincente.

Los siervos de Dios también han de creer “a” Dios (fe en la Palabra). Todo en la vida cristiana se basa en la confianza en aquellas cosas que Dios ha dicho. Dios nos da instrucciones sobre lo que está bien y lo que está mal. Dios nos dice cómo llegamos a él y qué hay en la otra vida. Dios nos dice cuál ha de ser nuestro proceder en situaciones concretas. Sin fe en Dios y en su Palabra es imposible agradarle, sin fe en Dios y en su Palabra jamás recibiremos nada de él, sin fe en Dios y en su Palabra nunca alcanzaremos sus promesas.

De igual manera que los tipos de fe anteriores la fe abundante también tiene que estar presente en la vida de un siervo de Dios. La fe abundante lleva al siervo a perseverar ante la adversidad, entendiendo que esta es un medio de gracia y un medio par probar la vocación y la fe, o, sencillamente para la gloria de Dios. La fe abundante lleva al siervo a entender que la obra es de Dios y que él es quien da el crecimiento (1 Co 2.6). Esto evita tentaciones de tomar atajos o confiar en los medios y nos libra del materialismo espiritual.

2.2.4.2. Entendiendo y sometándose a la voluntad de Dios

Como acabamos de ver, todo en la vida del cristiano es por fe. Pero una de las manifestaciones de la fe que es importante destacar es aquella que tiene que ver con la

voluntad de Dios. Esto debe ser tenido en cuenta de forma particular por quienes sirven a Dios como ministros de su Palabra. Veamos algunas de las cosas que la Biblia nos dice sobre la fe que entiende y se somete a la voluntad de Dios:

La Biblia afirma que Dios ha hablado y habla a las personas de diferentes formas. Estas son tres básicamente: 1) La Revelación Natural a través de la creación (Ro 1.20); 2) La Revelación Especial, a través de diferentes medios: tipos proféticos, teofanías, ángeles, el ángel de Yahwéh, sueños, visiones, el Hijo, etc., por la que Dios se revela a sí mismo y nos comunica sus propósitos salvíficos y su voluntad general para todos los hombres (He 1.1-2); y 3) La providencia, por la que Dios nos habla comunicando su voluntad particular mediante las cosas que suceden (Lam 3.37-38).

Es fundamental para un siervo de Dios que conozca y sepa distinguir la voluntad general de Dios (lo que Dios quiere para todas las personas sin distinción) y la voluntad particular (lo que Dios quiere para una persona y no para otra).⁶ La primera se conoce a través de las Escrituras (Revelación Especial). En la Biblia Dios nos muestra su voluntad para todos, siendo un ejemplo de ello los diez mandamientos (Ex 20). Es la voluntad de Dios que todas las personas sin distinción guarden y obedezcan unos mandamientos que regulan la relación con él y la relación de las personas unas con otras. Cualquiera que los infrinja habrá cometido pecado (1 Jn 3.4). Quien conoce la Palabra de Dios y la guarda está dentro de la voluntad general de Dios (Jn 14.21-23).

Pero también es necesario que un ministro del Evangelio conozca la voluntad particular de Dios para él o para otros que le pidan consejo. ¿Es posible entenderla? No es fácil, pero puede hacerse si comprendemos el mecanismo a través de cuál Dios habla por su providencia. Este consiste en saber que todo lo que sucede, aún lo negativo, ocurre porque Dios así lo ha querido (Lam 3.37-38) (Dan 4.35) (Mt 10.29-30). De esta manera podemos saber lo que Dios desea para nosotros mediante la confirmación o negación que las cosas que suceden dan a nuestros proyectos (1 Cr 22.5-11).

Es de vital importancia recordar que si queremos entender la voluntad particular de Dios es imprescindible previamente conocer y vivir dentro de la voluntad general. Es muy importante recordar que ¡quien no conoce o no vive dentro de la voluntad general de Dios jamás podrá conocer la voluntad particular de Dios! Esto es fácil de asimilar por cualquiera. ¿Podrá alguien entender cual debe ser su relación futura con una persona que le ha perjudicado, interpretando el lenguaje de las cosas que suceden, sin haber entendido previamente que hay que amar al prójimo? ¡Obviamente no! Por ello, no olvidemos que sólo desde la comprensión y vivencia de la voluntad general es posible entender la voluntad particular.

2.2.5. Llenos de gracia y de poder (Hch 6.8)

2.2.5.1. Todo en la salvación es por gracia.

⁶ Dios ha establecido que todos los hombres mueran una sola vez y después el juicio (He 9.27). Esto es voluntad general. Sin embargo Dios puede querer que una persona no muera ni una sola vez (Enoc = Gn 5.24) o que muera dos veces (Lázaro = Jn 11.44). Esto es voluntad particular.

Sabemos que nuestra condición de pecadores y enemigos de Dios nos hacía merecedores de la muerte (Ro 6.23). La condenación y muerte eterna es lo único a lo que teníamos derecho, nada merecíamos (1 Co 3.5a; 4.7). Es por ello que cuando Dios decidió salvarnos en Cristo no lo hizo por nada que hubiera en nosotros o que pudiéramos hacer para merecer algo de su parte. La Biblia afirma que la salvación es por gracia y no por obras (Ef 2.8). Todo lo que acompañó a nuestra salvación también fue por gracia. El arrepentimiento y la fe fueron dones de Dios por el Espíritu Santo aplicando la Palabra en nosotros con poder para producir convicción de pecado y fe en Jesucristo como salvador (Ef 2.8) (Hch 11.18) (Ef 1.19) (Jn 16.8) (Ro 10.17) (2 Ti 3.17).

2.2.5.2. El servicio a Dios sólo es posible por su gracia.

De igual manera el que una persona pueda llegar a servir a Dios es un acto de pura gracia de su parte. Esta gracia nos da el poder o unción capacitadora de Dios para servirle (Hch 1.8). Así lo confirma Pablo en sus cartas, junto con el Espíritu recibimos el poder de Dios (2 Ti 1.7). Este poder, desplegado en nosotros a través de los dones del Espíritu, es la causa de nuestras capacidades espirituales y ministeriales (1 Co 12.6-10). No importa que tengamos muchas cualidades humanas o que hayamos trabajado mucho en esta vida, si servimos a Dios es por su gracia, porque él ha tenido a bien capacitarnos con su poder para usarnos como instrumentos suyos (1 Co 15.10; 3.5b). El reconocimiento de esta verdad es fundamental para no envanecernos y para tener un ministerio en el que la humildad y la dependencia de Dios sean los rasgos característicos (1 P 5.6). A veces Dios tiene que permitir situaciones adversas en nuestras vidas para recordarnos permanentemente que todo lo que somos o que todo lo que hacemos es por su gracia y no por nuestras capacidades o méritos personales (2 Co 12.5-9). Quien reconoce que todo en su vida es por la gracia y el poder de Dios adquiere la verdadera fortaleza cristiana necesaria para servir y glorificar a Dios (2 Co 12.10).

2.3. El llamado de un siervo de Dios

2.3.1. El llamamiento interno

2.3.1.2. La unción y capacitación (Is 6.1-8)

Juntamente con el llamado al arrepentimiento y la fe que lleva al perdón y limpieza del pecado se produce la unción capacitadora del Espíritu preparando a aquel que ha de ser un instrumento al servicio de Dios. Este fue el caso del profeta Isaías. Dios le mostró una visión de sí mismo a través de la cual fue consciente de su pecado y miseria “*¡Ay de mi que soy muerto; porque siendo hombre inmundo*” (Is 6.5a). A partir de ese momento, imprescindible en todo encuentro salvífico con Dios, el pecado de Isaías fue limpiado y perdonado “*es quitada tu culpa y limpio tu pecado*” (Is 6.7b). Ahora bien, cabría esperar que el llamado y capacitación fuera una experiencia muy posterior al llamado a la salvación, pero no es así, como afirmamos hace un instante, desde el mismo momento en que Dios se ocupa de la salvación de una persona lo comienza a capacitar y preparar para la obra que le ha de encomendar más tarde o más temprano. También este fue el caso del profeta Isaías. El poder de Dios afecta a aquellas partes de

su ser han de estar al servicio de Dios de manera destacada: 1) Boca: *“tocando con él sobre mi boca”* (Is 6.7a). 2) Oído: *“después oí la voz del Señor”* (Is 6.8a). 3) Ojos: *“vi una luz del cielo /.../ oí una voz”* (Hch 26.13-14). En todos los tres casos el poder de Dios transforma en la naturaleza humana lo inmundo e incapaz en santo y capaz.

2.3.1.1. La vocación (Hch 26.12-18 cf Gá 1.1,11-16a)

Una vez que el poder se ha manifestado en la criatura capacitándole, ésta cambia radicalmente su actitud ante Dios, ante la vida y a las cosas de este mundo. La vocación es la toma de conciencia que la persona hace de su llamado. Esto hace que el orden de prioridades se jerarquice a favor de Dios y de su reino y que la obra del Espíritu mueva la voluntad de la criatura a responder al llamado: *“entonces respondí”*, dijo Isaías (Is 6.8b), o *“yo entonces dije”*, respondió Pablo (Hch 26.15a). Al principio esa respuesta puede ser sencillamente una disposición a servir, sin entender que es necesaria una preparación y el reconocimiento de la Iglesia. Pero es el primer paso al que ha de seguir otros buscando una formación bíblica y/o humana, a través de una institución académica, e involucrándose paulatinamente en la obra de Dios (1 Ti 4.13-16).

Poco a poco Dios muestra las necesidades de su obra a aquel que ha sido “tocado” por el Espíritu y que busca a alguien que las atienda: *“¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?”* (Is 6.8c). El ungido entiende que ese llamado se le hace a él y que debe ser respondido: *“heme aquí, envíame a mí”* (Is 6.8d), *“¿Qué quieres que yo haga?”* (Hch 9.6). Al mismo tiempo percibe la respuesta de Dios confirmándole en el llamado (Hch 26.16-18). Esto puede ser sencillamente mediante la apertura de puertas o el allanamiento del camino en la dirección de un determinado ministerio. Llegado a este punto, el llamado busca hacer la voluntad de Dios, intensifica la preparación, ahora con mayor conciencia de que Dios tiene algo para él, y aprovecha cualquier oportunidad de servicio: *“enseguida predicaba a Cristo”* (Hch 9.20).

2.3.2. El llamamiento externo

2.3.2.1. Algo está pasando

La Iglesia no está ajena o no debe estar ajena a los movimientos del Espíritu. Cuando una persona es llamada al ministerio algo sucede en su vida, algo que ha ocurrido en secreto se manifiesta en público. De repente alguien muestra una fe, un compromiso y un grado de interés por las cosas de Dios no usual en él. No se trata de apariencia ni de teatro, tampoco de deseo de protagonismo, estas cosas se ven y huelen desde lejos. Lo que sucede cuando alguien es llamado por el Espíritu es genuino, se puede ver en el amor y el celo que esa persona pone en las cosas que hace. Se puede ver en la abnegación con la que vence los primeros obstáculos que siempre surgen en la vida de una persona cuando intenta servir al Señor. La Iglesia advierte los cambios producidos en aquel que ha sido objeto del llamado interno y ora por él y sigue observando los movimientos del Espíritu.

2.3.2.2. Algo quiere hacer Dios con esa persona

Está claro que cuando Dios se interesa por alguien desplegando su poder y gracia en su vida, dándole abundante fe y buen testimonio, y produciéndole inquietud por su obra, es

que tiene un propósito ministerial para él. La Iglesia ha de hacer una valoración de la fe y vida de esa persona y de las capacidades humanas y espirituales de las que haya sido dotado (1 Ti 3.1-13) y constatar que efectivamente algo quiere hacer Dios con esa persona.

2.3.2.3. Reconocido públicamente la voluntad de Dios

La iglesia ha de reconocer los dones concedidos por el Espíritu Santo (1 Tes 5.12-13) (Gá 2.9a). Este reconocimiento se hará según sea la tradición denominacional de cada iglesia⁷, pero lo que nunca ha de suceder es que no se produzca tal reconocimiento. Esto haría del ministro una especie de francotirador o un guerrillero por su cuenta. Todo siervo de Dios que ha experimentado un llamado interno al ministerio ha de conceder mucha importancia al llamado externo que se produce por el reconocimiento de la Iglesia. Para ello debe haber un acto público/cúltico en el que dependiendo también de la denominación evangélica de que trate se produciría una ordenación al ministerio o una encomendación al ministerio.

En la Biblia, los datos que tenemos sobre este tipo de ceremonia son los siguientes: En el Antiguo Testamento antes de que un siervo de Dios comenzase su ministerio se realizaba un acto ritual de consagración en el que después de un sacrificio animal y vegetal, se lavaba el cuerpo del candidato con agua, se le vestía con vestiduras especiales y se le derramaba el aceite de la unción sobre su cabeza (Ex 29.1-7). En el Nuevo Testamento había un acto de consagración al ministerio más sencillo, pero no por ello menos importante, en el que algunos ministros de la Palabra, después de ayunar y orar, imponían las manos⁸ al candidato a servir al Señor antes de enviarlo a la obra (Hch 13.1-3). Más tarde el apóstol Pablo habló de su ordenación u encomendación al ministerio al indicar que Santiago, Pedro y Juan reconociendo la gracia que le había sido dada le *“dieron la diestra en señal de compañerismo”* (Gá 2.9). Las palabras de Pablo a Timoteo, en las que habla del don que le fue dado con la imposición de manos del presbiterio (1 Ti 4.14), son una confirmación de que eran los ministros de la palabra o ancianos docentes (presbíteros) quienes realizaban el acto o ceremonia de consagración al ministerio.

2.4. La obra que Dios encomienda a sus ministros (Jn 21.15-17)

2.4.1. Apacienta mis ovejas (Jn 21.15,17)

⁷ En este punto hemos de decir que según sea la denominación evangélica de la que se trate se procederá de una forma u otra. En una iglesia episcopal el reconocimiento lo hará solamente el obispo, en una iglesia presbiteriana lo hará el presbiterio o conjunto de ancianos que gobiernan la iglesia juntamente con el pastor, y en una iglesia congregacional lo hará la asamblea eclesial formada por todos los miembros que tengan voz y voto.

⁸ Colocaban una mano (la derecha) sobre la cabeza del candidato a servir al Señor como símbolo de la recepción del don, pero que en realidad no era más que un reconocimiento (Gá 2.9)

El relato de Hechos 6.4 nos muestra que fue necesario que la Iglesia entendiese que los ministros de la Palabra necesitan disponer del mayor tiempo disponible para dedicarse por entero a la predicación y a la oración. Esto nos habla de cuales debe ser las funciones principales de unos siervos de Dios que han recibido el poder y la autoridad de Dios para comunicar el mensaje de salvación (Mt 28.19-20) (Hch 1.8).⁹ Un texto clave para entender este ministerio es (Jn 21.15-17). Su análisis junto con el resto de las Escrituras nos muestran las siguientes cosas:

2.4.1.1. Los pastores han de “apacentar” a las ovejas (Jn 21.15,17).

Apacentar es dar de comer a las ovejas con buenos pastos (Ez 34.14a). Este pasto o alimento no es otra cosa que la Palabra de Dios (Sal 119.103,116) (Mt 4.4) (1 P 1.25 a 2.3). Esto nos habla del ministerio de la predicación de la Palabra en el que todo pastor o ministro de la Palabra debe ocuparse “*a tiempo y fuera de tiempo*” (2 Ti 4.2), tal como el propio Pablo hacía cuando habla de su “*predicación*” en (1 Co 2.4), o encomendaba a Timoteo con las siguientes palabras: “*Te encarezco en el nombre de Dios y del Señor Jesucristo /.../ que prediques la palabra*” (2 Ti 4.1-2).

Sólo las autoridades debidamente constituidas pueden actuar legítimamente “*de parte de Dios*” (Ro 13.1). Nadie salvo los ministros de la Palabra legítimamente constituidos (1 Ti 3.1-7) (Tit 1.5-9) (Stg 3.1) están autorizados para hablar “*de parte de Dios*” y transmitir un mensaje en su nombre (Jer 1.7; 2.1-2) cf (Mt 28.16-20)¹⁰ cf (Gá 1.1). Aquellos que no han sido comisionados por Dios para hablar como sus embajadores son falsos mensajeros que “*profetizan de su propio corazón*” (Ez 13.2) cf (Mt 7.21-23), que hablan cosas “*vanas*” y “*mentirosas*” (Ez 13.6-9 cf Tit 1.10), que aunque presentadas como palabras de paz (Ez 13.10,16), hacen que las ovejas se desvíen de la senda contaminando la casa de Dios con las costumbres abominables del mundo (Jer 32.34), “*lo cual no les mandé, ni me vino al pensamiento que hiciesen esta abominación*”, dice Dios (Jer 32.35).

Pedro fue comisionado por Jesús como pastor de la Iglesia (Jn 21.15-17) cf (1 P 5.1) y, como tal, debía “*apacentar*” a sus ovejas (Jn 21.15,17). Pablo fue comisionado por Jesús para proclamar el Evangelio (Hch 26.16-18). El Espíritu Santo en su soberana voluntad dio dones a otros después de ellos para que siempre hubiera entre el pueblo de Dios instrumentos para la comunicación del mensaje de Dios (1 Co 12.28-30). Pero esta unción, y con ella el ejercicio del ministerio de la predicación, no es algo que cada cual pueda usar según su antojo. Los dones los da el Espíritu a quien él quiere (1 Co 12.11) y, por tanto, sólo pueden predicar aquellos que el Espíritu ha investido con sus dones.

2.4.1.2. Los pastores han de apacentar a las ovejas con la palabra de Dios.

Nada puede sustituir a la predicación de la palabra de Dios en la Iglesia. La Palabra es la herramienta del Espíritu (Ef 6.17 cf He 4.12) para producir el nuevo nacimiento (1 P 1.23), la fe (Ro 10.17), el arrepentimiento (Ro 7.7) (2 Ti 3.16) y las buenas obras (2 Ti 3.17). Un pastor que predica la Palabra está edificando la iglesia sobre el fundamento de

⁹ Y que no hay que confundir con la obligación que tiene todo creyente de “testificar” o “contar” cuan grandes cosas ha hecho Dios en su vida. (Mr 5.19).

¹⁰ Este es un texto que con frecuencia se usa erróneamente. Muchos llevados por la buena intención de incentivar a todos los creyentes a compartir su fe en Cristo con otros, para lo que debería usarse otro tipo de textos como (Mr 5.19) o (Jn 1.43-46; 4.29-30,39-42), se apela a un texto en el que el Señor está comisionando a los once apóstoles a predicar el Evangelio. Véase el contexto vs 16-18.

apóstoles y profetas (Ef 2.20). Una iglesia que no está edificada sobre la predicación de la Palabra no puede tener obediencia a la Palabra, será como una casa edificada sobre la arena, sin fundamento, cualquier tempestad podrá derribarla (Mt 7.24-29).

Obviamente, nadie puede dar lo que no tiene. Para que un siervo comunique con poder el mensaje de Dios primeramente ha de haberlo recibido con poder de parte de Dios (Jer 2.1; 7.1). No se trata de abrir la Biblia y ponerse a hablar de cualquier parte ella repitiendo sus palabras sin ton ni son. El propio Diablo “predica” las Escrituras para tentar a Jesús citándola fuera de contexto y, por tanto, erróneamente (Mt 4.5-7). Aunque el uso superficial e improvisado de la Biblia abunda mucho en nuestros días, es necesario saber que el Espíritu Santo no bendice la pereza y desidia de aquellos que no preparan debidamente el alimento para las ovejas mediante el estudio reverente y esforzado (2 Ti 2.15-16).

Como hemos visto en el texto anterior, el obrero de Dios es alguien que “*usa bien la palabra de verdad*” (2 Ti 2.15b). Quien ha de alimentar a las ovejas ha de dedicar mucho tiempo a alimentarse a sí mismo de la Palabra. El siervo de Dios ha de leer y estudiar la Biblia diariamente “*ocúpate en la lectura*” (1 Ti 4.13) (Ap 1.3). No es suficiente un conocimiento versiculista de la Biblia, es necesario saber lo que cada texto significa en su contexto inmediato y general para no caer en contradicciones y errores (Mt 5.5-7). Es necesario que el siervo de Dios conozca la doctrina bíblica o sana doctrina (Tit 2.1), incluyendo los aspectos más difíciles de ella (2 P 3.15-16), para que pueda preparado para presentar defensa con reverencia y mansedumbre de la esperanza que hay en él ante todo aquel que le demande razón de ella (1 P 3.15). El siervo de Dios que se alimenta bien de la Palabra siempre tendrá algo que decir a las ovejas en el nombre de Dios “*tenemos mucho que decir*” (He 11.11). Si no lo hace siempre tendrá que decir algo, y difícilmente sabrá qué.

El siervo de Dios debe consensuar las conclusiones personales a las que ha llegado en su estudio de la Biblia con las de otros siervos de Dios (Hch 15) (Gá 2.2). Nadie es infalible en su percepción de la enseñanza bíblica. ¡Cuidado con los papas evangélicos, que creen que lo que ellos han entendido de la Biblia es la verdad absoluta! Hay muchos entre nosotros. El buen ministro de la Palabra no sólo lee la Biblia sino buenos libros cristianos.¹¹ A través de ellos somete sus impresiones sobre lo que cree que dice la Biblia con las de otros siervos de Dios. De esta manera él mismo es pastoreado por el colegio de pastores o maestros de la palabra de Dios de la Iglesia Universal. Pero también evita con ello caer en errores o en interpretaciones privadas de las Escrituras (2 P 1.20).

A la hora de compartir el mensaje de la Palabra de Dios con las ovejas el ministro ha de tomar en cuenta que su misión es explicar el texto bíblico de modo que pueda ser entendido por los oyentes: “*Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido de modo que entendiesen la lectura*” (Neh 8.8). Quien lee la Biblia y no la entiende no podrá explicarla jamás (Hch 8.30-31). Para entender la Biblia hay que recordar que esto sólo es posible por la obra del Espíritu Santo (1 Co 2.6-16). Esto no significa que debemos quedarnos sin hacer nada esperando que la luz de Dios nos

¹¹ Una buena biblioteca es un signo de humildad en un siervo cristiano. Indica la cantidad de consejeros con los que se cuenta a la hora de interpretar, entender y explicar la Biblia. En la multitud de consejeros hay seguridad (Pr 11.14), en la multitud de consejeros se afirman los pensamientos (Pr 15.22), en la multitud de consejeros está la victoria (Pr 24.6).

alcance. Las cosas no funcionan así. Por lo general Dios da de su gracia a través de medios (Ef 2.8). La gracia iluminadora del Espíritu viene por el esfuerzo del estudio disciplinado y constante “*me propuse*” (1 Co 2.2). Si queremos obtener una abundante pesca del conocimiento y la sabiduría de Dios, hemos de echar la red del estudio esforzado al agua de la Palabra. Obviamente el esfuerzo por sí sólo no sirve de nada, lo que estamos diciendo no tiene que ver con una vana confianza en nuestras capacidades humanas o en el mucho tiempo que dediquemos al estudio. Los discípulos estuvieron toda una noche pescando y no cogieron nada. Estamos hablando de echar la red del estudio esforzado confiando en la palabra del Señor que ha dicho “*echad vuestras redes para pescar*” (Lc 5.4-6). Nadie que pesca obtiene nada si no confía en el Señor; pero tampoco obtendrá nada quien no hecha la red al mar. Alcanza una buena pesca quien echa la red al tiempo que confía y se esfuerza. En otras palabras, el que se esfuerza mucho y estudia desde la carne no recibirá la luz de Dios; y tampoco el que no estudia ni se prepara esperando que Dios supla su pereza obtendrá algo. Sólo el que se esfuerza y estudia preparándose al límite de sus posibilidades confiando en la gracia de Dios obtendrá una abundante pesca de sabiduría y conocimiento.

En cuanto a la forma en que debe predicarse la Palabra el texto de (1 Co 1.18 al 2.16) es muy aclaratorio al respecto. Veamos en primer lugar lo que no debe hacerse en la predicación de la palabra de Dios.

En cuanto al fondo o contenido de la predicación, no se debe sustituir el mensaje de la Palabra por “*excelencia de palabras o de sabiduría humana*” (1 Co 2.1). La sabiduría humana es la forma en que los hombres sin Dios tienen de enfocar y de percibir el estudio de las cosas terrenas y celestiales. Este enfoque que prescinde de Dios termina siendo esclavo de las influencias pecaminosas de la carne y del Diablo (Stg 3.15) (Col 2.8). No hay que confundir la sabiduría humana con la cultura y la buena educación. Estas son legítimas. Pero la predicación adecuada no se basa en el empleo de lo más selecto de la lengua, ni tampoco en el empleo de recursos y estrategias pedagógicas sin más. Esto no significa que no se empleen “medios”, sino que nuestra confianza no debe estar en ellos. Cuando se sustituye la Palabra por la sabiduría humana se produce en los oyentes una fe no genuina (1 Co 2.5).

En cuanto a la forma o manera de predicar la Palabra, no se debe recurrir a “*palabras persuasivas de humana sabiduría*” (1 Co 2.4). Esto es recurrir a la psicología o a la demagogia (1 Co 1.20). En la predicación del evangelio no pueden emplearse trucos psicologistas para “excitar” la fe como llamados durante la oración o colocación de consejeros entre los asistentes a un culto. Tampoco pueden emplearse palabras o acciones que apelen a unas emociones o sentimientos extremos: Palabras emotivas que pongan los sentimientos a flor de piel aprovechando funerales u otros actos en los que las personas están hipersensibles. Este tipo de actuación sustituye la confianza en el poder de la Palabra por la confianza en los medios o estrategias humanas (1 Tes 2.3-5). La sabiduría humana no sirve ni para enseñar ni para entender las cosas de Dios (1 Co 1.20-21,26-31; 3.18-21 cf Hch 20.32)

En cuanto al objetivo que perseguimos al predicar la Palabra, no debemos buscar la aprobación humana ni la gloria propia (Gá 1.10). Desgraciadamente este es un fantasma que ronda permanentemente a todo predicador (2 Co 12.5-6,11). Hay que procurar alejarse de él si queremos ser instrumentos poderosos en las manos de Dios (2 Co 12.7-10). La oración constante y permanente en la que le pedimos a Dios que nos

ayude a hacer las cosas para su gloria nos recordará que todo debe ser hecho para su gloria (Col 3.17). Tampoco debemos actuar empujados por un espíritu de envidia y contienda (Fil 1.15-16). Quienes actúan movidos por este tipo de sentimientos dejan de hacer las cosas buscando el bien del Evangelio y la gloria de Dios y recurren a todo tipo de artimañas mentirosas con tal de alcanzar sus objetivos (Hch 4.32 al 5.11).

En segundo lugar veamos la forma correcta de predicar la palabra de Dios.

En cuanto al fondo o contenido del mensaje de la Palabra, este debe ser Cristo-céntrico (1 Co 2.2; 1.23) (Hch 9.20; 16.31). Esto quiere decir que el mensaje del Evangelio debe estar centrado sobre todo en el significado de la muerte y resurrección de Jesús a favor de los pecadores (Hch 13.26-33). Esto supone hablar de algo que no es muy popular en un mundo relativista como el que vivimos, del pecado (Ro 3.10-18,23). Sin embargo la Biblia nos muestra que Jesús no vino a salvar a los sanos sino a los enfermos, no a los que se consideran justos sino a los pecadores (Lc 5.31-32; 19.10), por tanto si no hablamos del pecado cómo entenderán los pecadores la necesidad que tiene de salvación, cómo entenderán que Jesús es el salvador (Hch 3.14-20). Una vez que los pecadores hayan reconocido su pecado y creído en Jesucristo se les debe anunciar “*todo el consejo de Dios*” (Hch 20.27) (1 Ti 6.3-4), para que por él sean “*preparados para toda buena obra*” (2 Ti 3.16-17). Este consejo de Dios incluye todo el Antiguo y el Nuevo Testamento (2 Ti 3.15-16). Para que esto se haga adecuadamente no hay que confundir “la ley ceremonial” con el Antiguo Testamento donde están las promesas eternas de Dios en Cristo (He 9.1-23) (Gá 3.6 a 4.7). No hay que confundir la “ley civil” para la nación de Israel (Lv 20.15,27) con la “ley moral y eterna” para todas las naciones a través de todos los tiempos (Ex 20 cf Ro 13.8-10)). No hay que confundir el Evangelio con los cuatro libros que conocemos como “los evangelios”, el Evangelio está en todas partes de la Biblia, en el Antiguo y el Nuevo Testamento (Isa 53) (Lc 24.25-27,44) (Gá 3.8).

En cuanto a la forma o manera de enseñarse la Palabra, no debe confiarse en la sabiduría humana sino en la de Dios como único medio para la sana predicación (1 Co 2.6-8). Esta sabiduría viene por las Escrituras (Sal 119.97-100) y en el poder y capacitación del Espíritu (1 Co 2.10-13a). La Palabra debe ser interpretada acomodando lo espiritual a lo espiritual (lo dado por el Espíritu a los dado por el Espíritu, la Palabra a la Palabra) (1 Co 2.13b), es decir buscando la concordancia de la Palabra (Hch 15.15). El Espíritu debe estar guiando nuestro discurso y los oídos de los que escuchan: La Palabra debe ser expuesta con claridad y sabiduría de Dios, deshaciendo los argumentos del pecado (2 Co 10.3-5). El poder de Dios debe percibirse en el corazón mediante la fe y el arrepentimiento producidos (Hch 16.14). Debe expresarse con temor y temblor (1 Co 2.3). La predicación del evangelio debe hacerse en el temor de Dios, no puede hacerse nada que desagrada u ofenda a Dios (1 Tes 2.7-10). Predicar la Palabra es una enorme responsabilidad de la que Dios pedirá cuentas (He 13.17)

En cuanto al objetivo que perseguimos cuando proclamamos el mensaje del Evangelio, debe ser con el ferviente deseo de que las almas respondan a Dios (Hch 20.31) (2 Ti 2.14-17) con fe “*fundada en el poder de Dios*” (1 Co 2.5). La fe en la sabiduría humana produce creyentes nominales temporales: Estos son los que creen porque han visto o entendido (Jn 20.29), y dejarán de creer cuando no entiendan algo. La fe “en” y “por” el poder de Dios produce creyentes genuinos capaces de “ver” y “entrar” en el reino de Dios (Jn 3.3,5). Estos viven y demuestran el poder de Dios en vidas cambiadas a la

imagen de Cristo. Estos trabajan con abnegación para que el reino de Dios se extienda en esta tierra. Estos permanecen fieles a Dios a través del tiempo glorificándole en sus vidas. Confiando en Dios como el autor de toda obra espiritual (1 Co 3.5-7).

2.4.1.2. La Palabra debe ser bien recibida por las ovejas (1 Tes 2.13)

Esto no siempre es así debido a una serie de condicionantes: El primero está en la propia complejidad de la palabra de Dios. No toda la Palabra tiene el mismo nivel de claridad a la hora de entenderla (1 Co 2.6): hay “*leche*” (1 Co 3.2) y hay “*alimento sólido*” (He 5.14) ¿Qué significa esto? Que hay asuntos más difíciles de entender que otros (1 Co 2.1) (He 5.11). Que hay temas que suscitan rechazo en el hombre (1 Co 1.18) (Hch 17.32). La verdad de la Palabra “*ofende*” a quien no la quiere oír (Gá 4.16). La Palabra a veces es “*dura de oír*” (Jn 6.60-61) (Ro 9.14,19-20). Lo nuevo siempre suscita interés (Hch 17.19-21). Un tema nos puede parecer muy bueno y otro no tanto dependiendo de criterios subjetivos

El segundo condicionante está en los oyentes de la Palabra. La presencia o ausencia de fe condiciona la recepción de la Palabra (1 Co 2.14) (He 4.2) (1 Tes 2.13). El pecado condiciona la recepción de la Palabra: 1) Mala conciencia (2 S 12). 2) Prejuicios (2 Co 3.14). 3) Desobediencia (Stg 1.22-25). El grado de madurez condiciona la recepción de la Palabra (1 Co 3.1-3): El grado de madurez no depende del tiempo en la fe (1 Ti 4.12 cf 2 Ti 1.5). Están los niños en la fe -pueden llevar años en los caminos de Dios- (He 5.12-13). Están los maduros en la fe (He 5.14 a 6.2) (1 Co 2.6). La madurez se adquiere por el “uso” del discernimiento (He 5.13-14). El estado afectivo condiciona la recepción de la Palabra (Hch 5.54-57). La actitud de los oyentes ante la Palabra no sirve para juzgar el valor de la misma (Hch 20.7-12) El valor de la Palabra está en ella misma, no en la aprobación que las personas puedan darle.

A pesar de todos los anteriores condicionantes las ovejas deben recibir el mensaje que oyen de los siervos o ministros del Evangelio como Palabra de Dios (1 Tes 2.13) y con fe, es decir creyendo que las cosas que en ellas se dice son para ellos de parte de Dios. Sólo así podrá aprovecharles la enseñanza en su vidas (He 4.2).

2.4.2. Pastorea mis ovejas

2.4.2.1. Pastorear es guiar a las ovejas por la senda de la vida a través del páramo de este mundo (Jn 17.15).

El pastor ha de librar a las ovejas de los peligros de este mundo (Jn 17.15). El primero de ellos es el lobo (Jn 10.12) o león rugiente que anda alrededor del rebaño buscando a quien devorar (1 P 5.8). Este lobo o león es el Diablo, que siembra la duda o la incredulidad entre las ovejas para que no quieran seguir en la senda de la vida, o para que cojan otros caminos para llegar a la meta, a veces supuestos atajos, pero que en realidad son caminos de perdición. Su propósito es que las ovejas se pierdan. El segundo enemigo son los cuatrerros o ladrones de ovejas (Jn 10.8,10) que las roban de la manada de Dios para su propio provecho (Jud 16). Son personas que ven a las ovejas como una fuente de ganancia, como un medio para obtener beneficio, son meros asalariados (Jud 10.12). Se presentan como ovejas, pero en realidad son como lobos depredadores que pretenden devorar al rebaño (Mt 7.15). El tercer peligro está en las

malas hierbas, en las hierbas venenosas o indigestas, que hacen daño a las ovejas, que les producen enfermedades terribles e impiden la buena marcha del rebaño. Estas son los errores o doctrinas de demonios que algunas ovejas pueden comer (1 Ti 4.1-5) conduciéndoles a la impiedad y desviándoles de la verdad (2 Ti 2.16-18). En cuarto lugar están los terrenos peligrosos o sendas tortuosas que parecen mejor a las ovejas que la senda de la vida que les indica el pastor. Paradójicamente la buena senda es estrecha y difícil de andar por ella y la mala ancha y espaciosa y parece fácil transitarla (Mt 7.13.14). La senda ancha son las ideas propias, los puntos de vista de cada uno (1 Ti 6.3-5), que hace que los cristianos se desvíen de la senda común que Dios presenta a las ovejas a través de sus siervos los pastores.

El pastor ha de librar a las ovejas de sus propios desvaríos o necesidades que les hace resistir a la verdad y a la justicia de Dios. No hay animal más necio que la oveja, ¿por qué lo escogería Dios para representar a sus hijos? ¿Sería porque el principal enemigo de las ovejas son ellas mismas, el viejo hombre o yo pecaminoso carnal que hay en ellas? Todos los peligros anteriores hacen daño a las ovejas gracias a la constante colaboración de ellas que las lleva a crear condiciones favorables para que sus enemigos puedan intervenir en sus vidas. Esto hace que con frecuencia en el rebaño de Dios, la Iglesia, haya ovejas con heridas causadas por el Diablo, creyentes que no creen a la palabra de Dios en algunos aspectos fundamentales y son tropiezo para otros. También hay ovejas que ya no transitan la senda de los justos, pues se apartaron de ella, y andan en el camino ancho de la perdición sin ser conscientes del peligro en el que se encuentran. Y también hay ovejas enfermas y raquíticas por comer pastos malos de manos de extraños, que les hace tener enfermedades espirituales que se manifiestan en comportamientos contrarios a la fe cristiana.

Todo lo anterior hace que el pastor o pastores del rebaño tengan que dedicar buena parte de su tiempo a corregir situaciones que no tendrían que haberse dado, como sanar heridas y a buscar a las ovejas perdidas. Evidentemente el tiempo dedicado a estas labores es un tiempo que no puede dedicarse a la edificación de la Iglesia y a la extensión del Evangelio. Una de las causas por las que no crecen las iglesias son los continuos problemas en los que las ovejas se meten a sí mismas, ocupando posteriormente a sus pastores en librarles de ellos.

2.4.2.2. Instrumentos de que se vale el pastor para pastorear a las ovejas (Sal 23)

El Salmo 23 es una alegoría muy hermosa sobre cómo las ovejas son pastoreadas por el pastor por el valle de esta vida hasta que finalmente entren en el descanso de las moradas eternas. En él se nos muestra los diferentes instrumentos de que se vale el pastor para conducir a la grey de Dios por la *“senda de los justos”* (Pr 4.18) o de *“senda de justicia”* (Sal 23.3), llamada en el Nuevo Testamento *“el camino que lleva a la vida”* (Mt 7.14).

El primer instrumento que usa el pastor¹² para llevar a las ovejas dispersas por su pecado (Isa 53.6), al aprisco¹³ o refugio eterno (1 P 2.25) es buscarlas y reunir las (Ez 34.11-16) formando con ellas una manada (Lc 12.32), rebaño o grey (Hch 20.28) (1 P 5.2). Esto no es fácil debido a la tendencia individualista de la naturaleza pecaminosa de las personas que tiende a romper los vínculos interpersonales establecidos por Dios (Mt

¹² En este momento uso esta palabra para referirme a Jesús (Jn 10.11).

¹³ Lugar donde se recoge el ganado.

19.6b) y a escoger estilos de vida o formas particulares de entender las cosas (Pr 3.7a). Andar en soledad no es bueno, según Dios, (Gn 2.18). Por ello es su voluntad que todos los redimidos transiten juntos la senda que conduce a las moradas eternas: *“todos los que habían creído estaban juntos”* (Hch 2.43). Cuando los pastores se empeñan en llevar a los creyentes en “rebaño” (Hch 20.28), procurando que los creyentes vivan su fe juntos y estén integrados en la comunidad de los salvos o iglesia¹⁴ participando en todas sus actividades (Hch 2.42,44,46-47), no es por una especie de manía sin fundamento que éstos tienen. Toda la Biblia nos muestra que es la voluntad de Dios que la salvación se viva en colectividad: 1) Los creyentes han de formar racimos de uvas en la vid que es el Señor Jesús (Jn 15.1-6), 2) los creyentes han de formar parte o ser miembros de un cuerpo cuya cabeza es Cristo (1 Co 12.27) (Ef 5.23), 3) los creyentes han de ser piedras vivas que formen un edificio o casa espiritual (1 P 2.5) donde more el Espíritu de Dios (Ef 2.22). Todas las metáforas anteriores tienen un denominador común: muchos individuos (uvas, miembros o piedras) han de formar una estructura única (racimo, cuerpo o edificio) que persigue un objetivo común: la comunión entre ellos y con el Señor (Jn 17.21-23).¹⁵

La vida en manada tiene muchos beneficios para las ovejas: *“¡Mirad cuan bueno y cuan delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! /.../ Porque allí envía Yahwéh bendición y vida eterna”* (Sal 133).

Las ovejas aprenden de otras ovejas: los corderos siguen a su madre en la manada, más tarde las ovejas jóvenes siguen a las mayores aprendiendo de su experiencia, es ley de vida. La vida junto a otros no es necesaria para aprender de Cristo imitando a otros que ya han conseguido aprender de él antes que nosotros (1 Co 11.1) (Fil 3.17) (1 Tes 1.16; 2.14) (He 6.12). Aprendemos a ser santos siguiendo el ejemplo de otros que nos han precedido, pero también gracias a los dones que nos permiten ayudarnos unos a otros y edificarnos en la común fe (1 Co 14.12) (1 P 4.10). Por tanto, sólo viviendo en comunidad se puede ser santo (1 P 2.9). Pero es que además, sólo viviendo en comunidad podemos constatar que somos santos o que el carácter de Cristo va sustituyendo en nosotros al hombre de pecado. Quien vive solo no sabe si manifiesta en su vida el amor, la paciencia, la generosidad, etc., y las demás virtudes cristianas (el fruto del Espíritu Santo), pues para ello necesita convivir junto a otras personas (Gá 5.19 a 6.10). La vida junto a otros, con nuestras virtudes y defectos y con las virtudes y defectos de los demás, es lo que nos permite valorar si va muriendo en nosotros el viejo hombre y si el nuevo va creciendo hasta la estatura de Cristo. En el día del juicio, Dios nos pedirá cuentas de todo aquello que hicimos o dejamos de hacer por nuestros hermanos y prójimo en general (Mt 25.35-36). Sólo quienes ha vivido junto a otros y han tenido oportunidad de practicar las obras de Dios habrán podido hacer o dejar de hacer su voluntad (Mt 25.34-46).

Por otra parte, es más fácil atender las necesidades ordinarias colectivas de las ovejas cuando estas forman un rebaño. Estas necesidades son el alimento (pasto y agua) y el refugio o redil para la noche o ante las inclemencias del tiempo. En cuanto a lo primero, la provisión de un buen pasto y un remanso de agua para que todas las ovejas puedan

¹⁴ La “iglesia” es la reunión o asamblea de los redimidos: *“Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”* (Hch 2.47)

¹⁵ Este texto en su contexto es el fundamento del verdadero ecumenismo: Dios quiere que todos los suyos sean uno, pero esa unidad es en la santidad y verdad de su Palabra (Jn 17.17). Fuera de la Palabra *“perseveraban en la doctrina de los apóstoles”* no puede haber *“comunión los unos con los otros”* (Hch 2.42).

comer y beber al mismo tiempo sólo es posible si estas viven en rebaños que permita que tengan “*en común todas las cosas*” (Hch 2.43). De igual manera la vida en comunidad (iglesia) permite que una sola persona (Nm 27.16-20), o unas pocas personas (Ex 18.13-27), puedan pastorear a un conjunto de personas más o menos grande (iglesia) y darles el alimento y la dirección espiritual que necesitan (Hch 20.17-28) (1 Ti 5.17) (Tit 1.5). El mismo alimento espiritual (enseñanza) vale para que muchas ovejas coman de él (Mt 5.1-2) (Col 4.16). El mismo lugar de encuentro con Jesús (lugar de culto) sirve para que muchos creyentes se reúnan con su Señor y procuren la comunión unos con otros (Mt 18.20) (Jn 20.19).

Igual sucede con las necesidades extraordinarias individuales de las ovejas, es más fácil atenderlas cuando estas van en grupo. Si una oveja cae todas las demás pueden levantarla, si una enferma, se duele o padece tristeza todas las demás pueden atenderla o consolarla (1 Co 12.24-26). Cuando las ovejas están juntas la abundancia de unas puede suplir la pobreza de otras (2 Co 8.14-15) de modo que no haya entre ellas ninguna necesitada (Hch 4.34). Las necesidades individuales del pastor que cuida de la grey serán mejor atendidas si el conjunto de las ovejas que forman el rebaño aportan cada una un poco de leche y lana en la proporción que cada una pueda hacerlo (1 Co 9.7-11). De esta manera el mantenimiento del pastor no se hace gravoso para ninguna de ellas, al tiempo que todas participan en la misma medida en que lo hacen según sus fuerzas y posibilidades. (1 Co 16.1-2)

También es más fácil proteger a las ovejas del peligro del lobo cuando están marchan juntas. El pastor ha de velar por el rebaño (He 13.17) para que el enemigo no arrebate ni una sola oveja. El Diablo quiere sembrar la duda o el error para que las ovejas desfallezcan y se postren en el suelo sin seguir la marcha del rebaño. Una vez que consigue separar a la oveja de la manada es más fácil devorarla (1 P 5.8). Sin embargo cuando las ovejas permanecen juntas, cerca de su pastor, este puede luchar contra el lobo por todas ellas (Jn 10.11.12). Al mismo tiempo es desde la unión que hace la fuerza (Ec 4.12) que las ovejas pueden ayudar a su pastor en la lucha contra el enemigo y evitar que éste sea herido para impedir la dispersión del rebaño (Zac 13.7).

Otros dos instrumentos que el pastor usa en el pastoreo de las ovejas son la vara y el cayado: “*tu vara y tu cayado me infundirán aliento*” (Sal 23.4). Estos representan a dos medios de gracia que,¹⁶ aunque distintos en su forma de actuar, persiguen un mismo fin en el proceso del pastoreo de las ovejas. La vara es la señal de la autoridad y gobierno del pastor sobre el rebaño, es la “*vara de mando*” que aparece en Jueces 5.14. Esta autoridad la produce la unción del Espíritu que capacita a los siervos de Dios para actuar en su nombre con poder (Sal 110.2) (Ex 4.17,20; 7.20; 9.23; 14.16; 17.9). Cuando algunos rebeldes en el pueblo de Israel rechazaron la autoridad y ministerio de Moisés y Aarón, la evidencia que permitiría saber con quienes estaba Dios vendría a

¹⁶ Los medios de gracia son los canales o vehículos por los que Dios nos hace llegar su gracia y poder en forma de bendición espiritual o material. Por ejemplo, la gracia que nos salva nos llega “por medio de la fe” (Ef 2.8). Los medios de gracia pueden ser actitudes (la fe = Stg 1.6), personas (Pablo o Apolos = 1 Co 3.5) y situaciones (la tribulación o disciplina = He 12.11). Los medios de gracias pueden ser ordinarios o extraordinarios. Por ejemplo, la Palabra, que es un medio de gracia pues por ella Dios produce la fe que lleva a la salvación (Ro 10.17), es un medio de gracia ordinario porque es el instrumento que generalmente utiliza para llevar a la fe a la mayoría de las personas que se salvan (Ro 10.13-17). Y los milagros, que también son un medio de gracia para producir fe (Jn 2.23; 4.48,53), son un medio de gracia extraordinario porque Dios no los usa siempre para producir fe (Mt 12.39) (Mr 8.11-13), sino sólo cuando conviene a sus propósitos eternos (Jn 11.45).

través de una señal sobre sus varas. Dios dejó claro que era Moisés y Aarón quienes legítimamente debían pastorear a su pueblo Israel cuando hizo florecer la vara de Aarón (Nm 16 a 17.8).

La vara del pastor sirve tanto para dar confianza a las ovejas, sobre que no han de temer al lobo, pues si este viniera el pastor les defendería con ella, como para amonestar a las ovejas que se descarrián y hacerlas volver al rebaño y a la vida disciplinada dentro de él. Por lo tanto, la vara es señal en la Biblia de la instrumentalidad de aquello que produce la fe y la confianza: la predicación de la palabra de Dios (Ro 10.17); y de lo que recupera a la oveja descarriada: la disciplina (Pr 3.11-12).¹⁷ Así lo confirma Pablo cuando habla a los corintios sobre lo que debería con ellos en el ejercicio de su ministerio pastoral (1 Co 4.21). A su vez el cayado, que no es más que una modalidad de vara (con una zona corva en un extremo), sirve para sacar a las ovejas de las dificultades u “hoyos”, en que éstas se meten por su necesidad, asiéndolas por el cuello y tirando de ellas. La vara y el cayado nos hablan de cómo Dios, a través de la predicación con autoridad de su Palabra que reprende el pecado y de la disciplina que quebranta al pecador llevándolo al arrepentimiento, saca a las ovejas de los “hoyos” en los que estas caen por sus errores y descarriós y las sana y vuelve a la senda de justicia (Sal 103.2-4) (Sal 23.3).

En el Nuevo Testamento el simbolismo de la vara y el cayado se representa por otra figura no menos descriptiva, a través de lo que Mateo llama “las llaves del reino de los cielos” (Mt 16.19). Estas representan a la autoridad con que los ministros del Evangelio actúan en el nombre de Dios proclamando el mensaje de la Palabra de Dios (2 Co 5.20), tomando decisiones de gobierno (1 Ti 4.11) y adoptando resoluciones disciplinarias (1 Ti 5.20) (1 Co 5.1-13) para conducir a las ovejas. Todas estas acciones las sanciona y usa Dios como si fuesen suyas (18.18-19) (2 Co 10.4-11; 13.10), en la medida en que la predicación, las decisiones y las resoluciones sean realizadas en la verdad, justicia y sometimiento a su voluntad (Gá 1.1,10). El poder de “las llaves” está en el poder de la Palabra y de la disciplina ministradas como medios de gracia para abrir o cerrar el reino de los cielos a las personas. La palabra y la disciplina cierran el reino de los cielos a los pecadores cuando les advierten que sus pecados les alejan de Dios y les hacen merecedores de la muerte y condenación eterna (Isa 1.15; 59.2) (Ro 6.23a); y abren el reino de los cielos cuando les producen convicción de pecado y les llevan al arrepentimiento y la fe en Cristo (Is 1.16-18) (Ro 6.23b).

El Salmo 23 menciona un medio más del que el pastor se vale para atender las heridas que las ovejas sufren por las dificultades del camino: este es el aceite (v.5). En la antigüedad el aceite, además de ser un alimento (Ex 29.2) y un combustible (Ex 25.6) (Mt 25.1-13), se usaba como medicina, bien ingerido, para los desórdenes gástricos, o bien untado, para las heridas (Lc 10.34) y las enfermedades de piel (Is 1.6). Siendo un símbolo del Espíritu Santo se ungió a los enfermos con él esperando de Dios su sanidad (Mr 6.13). En este sentido la unción de los enfermos con aceite se vinculó en el Nuevo Testamento a la oración, porque por ella la espera en Dios se convierte en una espera más profunda, una espera de fe que busca no sólo la sanidad sino descubrir y enmendar aquella causa o situación que la provocó (Stg 5.14-15).

¹⁷ La vara siempre es en la Biblia un símbolo de la disciplina y juicio de Dios sobre el rebelde que deja la senda rentada y quebranta su ley (2 S 7.14) (Job 9.34) (Sal 2.9; 89.32) (Pr 22.15; 29.15) (Is 10.5,24; 11.4).

La unción de las ovejas con aceite, “*unges mi cabeza con aceite*” (Sal 23.5), nos habla de uno de los recursos del pastor para ayudar a las ovejas cuando todos los demás recursos de que se vale para el pastoreo (la comunión, la palabra y la disciplina) no han conseguido sus objetivos, o cuando a pesar de ellas el lobo ha conseguido herirlas, o cuando por otras causas es necesaria la intervención directa de Dios. La oración es siempre el gran recurso y “arma secreta” del pastor para guiar al rebaño (Stg 5.16b). Fue presentada por los apóstoles como parte fundamental de su ministerio: “*y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra*” (Hch 6.4). No hay que olvidar que el rebaño no es de los pastores humanos sino del “*buen pastor*” o “*príncipe de los pastores*”, que es Jesucristo (Jn 10.11) (1 P 5.4). Por ello cuando las cosas se ponen cuesta arriba, e incluso antes de que se pongan, es necesario presentar ante él aquellas situaciones que requieren de su gracia y poder (Mt 7.7-11). Jesús repitió a los suyos una y otra vez que debían orar¹⁸ siempre en su nombre al padre (Jn 14.13-14). No hay situación suficientemente pequeña que no deba ser presentada ante él (Lc 4.38-39) (Jn 2.3-11), ni suficientemente grande para dejar de traerla a su consideración (Lc 7.11-17).

¹⁸ He aquí algunas cuestiones fundamentales sobre la oración: 1) ¿Cómo se ora? No como los hipócritas (Mt 6.5). Sin vanas repeticiones (Mt 6.7). No orando consigo mismo (Lc 18.11). No con vana palabrería (Mt 6.7). Con fe (Stg 1.5-7). Con el corazón (1 S 1.12-15). En el Espíritu Santo (Jud 20). Reconociendo la soberanía de Dios (Hch 4.24). Si deseando hacer la voluntad de Dios (Mt 6.10) (1 Jn 5.14-15). 2) ¿Cuándo y cuánto se ora? De noche y de día (1 Tes 3.10). Sin cesar (1 Tes 5.17). En todo tiempo (Ef 6.18). Por las mañanas temprano (Sal 63.1) (Mr 1.35). Toda una noche si fuere necesario (Lc 6.12). 3) Objetivos de la oración: Alabanza (Mt 6.9) (Lc 1.46-55). Acción de gracias (1 Tes 5.18) (Sal 75.1). Petición (Mt 6.11) (Mt 7.7-8). Intercesión (pedir por otros) (Ro 15.30) (Stg 5.16). Reconciliación con Dios (Mt 6.14-15). Por la oración descansa el alma (Mt 11.28), al contarle nuestras penas y angustias (Sal 69.71) y al encontrar perdón para nuestros pecados (Sal 51).